

En un tiempo en el que la discusión filosófica es realmente escasa, se enseña reala opinología pedestre y la vanidad intelectual ocupa un lugar de preponderancia, sin duda que se impone una reflexión profunda.

Hay una necesidad sentida de reflexión, lo más lúcida que pueda ser; la cuestión es, en qué medida la logramos, y no creo que pudiéramos decir definitivamente cuáles han sido los tiempos más propicios para el pensamiento. La vanidad se da en todos los niveles y en todos los tiempos, y no hay que escandalizarse demasiado por ella, siempre que el Yo no se agigante demasiado. Casi todo el mundo encuentra difícil hallar la senda dentro de sus parámetros y más aún, ajustar su pensamiento a la realidad, pero creo que la inquietud por ello está siempre presente.

¿No le parece a usted que es mucho más fácil y más cómodo tomar los atajos del pragmatismo y dejar que las cosas sucedan?

Debe saber que a la palabra pragmatismo no le doy el significado peyorativo que suele asociársele. Creo más bien que lo que padecemos es lo contrario al pragmatismo: una adhesión ciega a la ideología preferida. Se entiende por pragmatismo la carencia de convicciones muy firmes e intangibles, pero justamente, hace falta menos ideología, menos creencia ciega en la narración acostumbrada, en nuestros mitos sectarios, y ser más conscientes de nuestra fuerte tendencia al autoengaño. Menos fanatismo, estar mucho menos dispuestos a sacrificarse uno mismo arrastrando hacia el desastre al mundo entero en el altar de las convicciones propias. Visto de esta manera podría ser no mera casualidad que los principales filósofos pragmatistas hayan sido hombres de una integridad moral poco frecuente. Representaban una ética de la responsabilidad, la ética de la preocupación por el ser humano concreto.

*Entrevista publicada en el semanario *La Razón*, Caracas, Venezuela, el 19 de enero de 2014

¹Ezra Heymann, nacido 1928, es doctor de la Universidad de Heidelberg. Ha sido profesor en la Universidad de Montevideo de 1957 a 1973. Llegó a Caracas en 1974 invitado por la Universidad Simón Bolívar, y pertenece desde 1977 a la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela.

Me refiero al facilismo, la inmediatez y la flojera mental que nos empuja a deglutir lo masticado por otros, esto se ve reflejado en la carencia de autocrítica aunada a la debilidad de articular con solidez teórica un argumento serio, sin duda que estos son síntomas evidentes de la decadencia en que vivimos. ¿Cómo podría revertirse esta situación?

No estoy de acuerdo con su diagnóstico. Desde que llegué a Venezuela en el año 74 he encontrado un pensamiento variado. No predominaba el dogmatismo, así como no prevalece en el ambiente en el que me muevo. Lo mismo diría sobre el facilismo que no es tal, sino más bien una cierta perplejidad que es apropiada y natural, ya que se corresponde con la complejidad de la realidad y con la enorme ignorancia que es la condición humana cuando se trata de los asuntos humanos mismos. Cuando se trata de medicina, de ingeniería, o de un oficio cualquiera, los seres humanos son capaces de desplegar un conocimiento admirable. Pero cuando se trata de nosotros mismos la ignorancia es la realidad fundamental. Tenemos en este orden mucho pensamiento, lo que por cierto es necesario, y muy poco conocimiento, muy poca claridad, y es importantísimo ser conscientes de ello.

¿Es posible hablar de un pensamiento filosófico venezolano, o no hemos aportado nada en ese terreno?

Personalmente estoy convencido de que el pensamiento no tiene nacionalidad. Cuando uno va a otros países, por más lejanos que estén, encuentra personas con un pensamiento y un sentimiento afín, más afín quizás que el de nuestro vecino de al lado, de manera que el pensamiento tampoco tiene geografía. Querer pensar en venezolano, en francés o en tanto que alemán, es la vía segura hacia la mediocridad. Usted no puede ponerle a su pensamiento un ropaje nacional folklórico porque mientras sea pensamiento vivo escapará a los estereotipos y al tribalismo. Pongamos su pregunta de otra manera: ¿Hay venezolanos de los cuales se puede aprender? La respuesta no puede ser sino: sin duda alguna. Hay venezolanos muy destacados en todas las áreas. El nuevo presidente del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), una de las dos o tres universidades más prestigiosas del mundo, es un venezolano, egresado de la Universidad de Carabobo, sin mencionar a tantos otros que se han destacado internacionalmente, comenzando con Andrés Bello, y a los que sin haber trascendido

las fronteras del país han dejado una obra duradera en los diferentes ámbitos culturales. No hay ninguna razón para pensar que en nuestro ambiente no se piense con autenticidad.

Al referirse a la realidad de su país, el filósofo argentino Mario Bunge apunta que en las facultades de ciencias políticas y sociales no se estudia la realidad social y revela que los estudiantes no toman libros; toman facultades, porque es más fácil. Señala que se realizan muy pocos trabajos de investigación y son pocos también los profesores de esas facultades que cuentan con doctorados. ¿Ocurre lo mismo en Venezuela?

En relación con la Argentina, por lo que yo conozco, este señalamiento de Mario Bunge es certero por lo menos en lo que atañe a un importante sector. Se hacía investigación social y política sólo limitadamente porque ya se sabía cómo son las cosas, o se creía ya saber. El espíritu dogmático ha tenido y probablemente tiene todavía suficiente poder en la universidad de Buenos Aires en el ámbito de las ciencias sociales como para inquietar y aun a amedrentar a no pocos. Cuando Gino Germani introdujo ideas nuevas en la sociología argentina duró muy poco. En Venezuela, cuando llegué aquí en 1974, no encontré esta situación. Más bien encontré un pensamiento variado tanto en la facultad de FACES (de Economía y Ciencias Sociales) como en las facultades de Humanidades y Letras. Encontré orientaciones muy diversas y ninguna de estas direcciones tenía un dominio casi total sobre el estudiantado, tal como ocurría repetidas veces en la Universidad de Buenos Aires

Bunge se queja de que la gente de izquierda que se autodenomina socialista sigue haciendo ideología en lugar de sociología, porque es más fácil repetir consignas que atacar las causas reales de los problemas.

Esto está bien dicho, teniendo siempre en cuenta que se ha operado una restricción violenta en lo que se considera como “gente de izquierda”.

Para Platón un gobierno justo debería estar en manos de personas que posean la virtud de la sabiduría; en tanto que la vida de los dueños del poder debería ser muy austera, sin posibilidad de amasar fortunas ni administrar bienes propios, pero lo más

importante en esa república es la justicia que se ejercerá enérgicamente y con autoridad. ¿Es esto viable en nuestros días?

El deseo de Platón de que los sabios gobiernen y de que los gobernantes sean filósofos es un deseo que no puede ser cumplido nunca y en ninguna parte. El filósofo no es apto para gobernar, no es la persona más indicada para ello, no existe un saber total y a ciencia cierta acerca de cómo gobernar. Hay que rectificar constantemente, aprendiendo sobre la marcha y tener la entereza para admitir los frecuentes equívocos. Hay que despedirse del deseo de que coincidan la filosofía, la sabiduría, por una parte, y por la otra la capacidad de acción política. Por suerte las cosas entre los humanos están más repartidas. Algunos piensan, esto es, saben más pensar y teorizar, y otros saben más actuar y tratar con seres humanos. Lo que hace falta es que lo uno equilibre lo otro, que exista un balance y vías de comunicación entre la actividad política y la reflexión.

Confucio decía que la sociedad no podía conseguir armonía política o civil hasta que su pueblo consiguiera armonía moral en su interior. ¿Es demasiado utópico esto?

Esto no es utópico y está muy bien dicho. Un buen gobierno se alimenta de los sentimientos de la gente, y entre esos sentimientos juegan un papel muy importante los sentimientos morales. Así que efectivamente, la armonía que reside en la vida de la gente desde su interior contribuye en forma decisiva a que se gobierne con decencia y justicia.

El mundo antiguo basaba la política en la moral mientras que en el mundo contemporáneo o moderno, con Hegel y con la dialéctica histórica como inspiración, Marx, formula el materialismo dialéctico que propone lo económico como determinante de las condiciones sociales. Al parecer no hay otras opciones, ¿o si las hay?

Es una idealización pueril pensar que la política antigua se orientaba más por la moral y se dirigiera más hacia ella; los que reclamaban moral eran los filósofos antiguos, no la política misma, y los filósofos hablaban tanto de la moral porque veían que era lo que faltaba. No hay ningún indicio de que la política antigua haya sido más moral que la política moderna, e incluso pudo haberlo sido menos. Es lo que nos describe Tucídides

en su gran obra *Historia de la Guerra del Peloponeso*, uno de los más grandes libros de historia que se conocen. Todavía ahora es muy grande el impacto de esta obra por su realismo y por su riqueza de pensamiento. En cuanto a las determinantes de las condiciones sociales, que es la segunda parte de la pregunta, es una concepción hecha y ya convencional la de que en el mundo actual lo económico es totalmente decisivo. No veo que esto se comprobara. Las pasiones juegan muchísimas veces en contra de los intereses económicos de las partes en conflicto, y se cae en situaciones de perder-perder. Muchas veces, debido a las pasiones grupales despertadas, tanto la gente de la calle como los con poder decisor prefieren arruinarse ellos mismos antes de hacer algo que beneficiara a la contraparte. Vea las grandes guerras del siglo XX. Eso no convenía a nadie, pero nadie podía manejar las pasiones despertadas en parte por el discurso político mismo, de modo que luego los políticos se encontraron ellos mismos presos de los espíritus que desataron. Después de un año de guerra en la Primera Guerra Mundial se veía que ahí nadie podía doblegar al adversario, pero las cancillerías eran incapaces de poner fin a la guerra debido al nacionalismo despertado. Y así como prevalece la pasión de los nacionalismos, llegan a prevalecer también los odios sociales más allá de los intereses económicos reales. Tratándose de sus intereses la gente negocia, pero cuando entran en juego las pasiones grupales negociar llega a ser sinónimo de traición. Muchos plantean entonces la pregunta absurda: ¿Cómo, negociar con el enemigo? De esta manera nace la política como intento de aniquilar al adversario, que es más bien la anti-política.

Con esto no vamos a negar las amalgamas del interés económico con el espíritu que sacraliza un *nosotros* enfrentados contra *los otros*.

En el modelo social preponderante que rige al mundo, la orientación económica del consumo prevalece, así el tener por encima del ser. Sobre qué aspectos habría que trabajar para superar esta relación?

Una vez más, no concuerdo con este diagnóstico. Le voy a dar un ejemplo. Después de muchos años volví a estar un año en Alemania en el año 72/73, en pleno auge de la prosperidad europea. Cuando volví a Montevideo un amigo me pregunta ¿Qué tal la sociedad de consumo?, y le contesté: aquí en su oficina, usted tiene una máquina de escribir eléctrica, mientras que las máquinas en la universidad alemana e incluso en las agencias bancarias son todavía a pulso, con teclado mecánico. Vaya usted

a un congreso científico en los Estados Unidos, supuestamente el país del consumo por excelencia, y verá allí, como también en Europa, la frugalidad de la gente. Para mi gusto son demasiado pichirres. Prefiero la liberalidad personal latinoamericana, pero en materia de política social, desde luego, los países europeos son más humanos y conscientes de sus deberes sociales.

Ante el fracaso del socialismo real, se impone la búsqueda alternativa de un modelo donde prevalezca la equidad como forma de justicia social. ¿La humanidad marcha hacia eso, o no hay ninguna salida?

Creo que forzosamente tendrá que haber un aumento del sentido de solidaridad social. No puede pedírsele a nadie que sea respetuoso si no le haces sentir que forma parte de la sociedad, que la gente se preocupa los unos por los otros y que así progresan juntos. Eso es ser incluyente y sensible ante las carencias del otro, ante sus necesidades y su sufrimiento. Con el corazón endurecido no puede haber una sociedad satisfactoria y pacífica. Ahora, desde luego, una sociedad con un fuerte sentido solidario no es de suyo y necesariamente feliz en todos los órdenes. La infelicidad y las desgracias no quedan expulsadas y anuladas de una vez y para siempre. Solamente cabe una sociedad en la cual uno pueda contar más con la decencia y la humanidad de las personas que la integran, y para que esta se forme cuenta mucho la educación (para nada simple y fácil) y el estilo de la vida cultural y política.

La antigua codicia de los dueños de los medios de producción se transformó en la codicia de los funcionarios que desempeñan cargos de poder, sucumbiendo ante el mal que pretendían resolver. ¿Es que acaso el mal de la corrupción es inherente al ser humano?

El afán de lucro tiene que ser limitado así como tiene que ser combatida la estafa, pero más grave es el afán desmedido de poder, un afán que se vuelve paranoico y con ello insaciable. La corrupción intelectual y política es más grave que la económica, y en particular la búsqueda de acumulación de poder tiene como su contraparte el miedo ante el otro, por lo que el terror se vuelve mutuo, un estado general del cual no se salva nadie.

Entre servir a los privilegiados y garantizar o proteger los intereses de las mayorías, ¿cuál debería ser el papel del Estado?

Bueno, su pregunta ya carga la balanza. En realidad rara vez es de antemano claro qué es lo que sirve de veras a los privilegiados y qué favorece a la mayoría. Estamos colocados muchas veces en situaciones que dañan la vida de todos juntos.

Desde su percepción de la realidad política ¿está entrampado el país como muchos aseguran, y de ser así, cuál sería una posible salida?

En una ocasión cuando Hannah Arendt debió responder a la pregunta ¿Qué es histórico?, dio esta respuesta: “Es lo que no te esperabas”, es decir, las circunstancias históricas toman las más veces un giro hacia lo que uno no podía prever, hacia una situación con la cual no se podía contar dado el abismo de factores anímicos humanos. Por esta razón una vida política responsable no se enrumba tanto hacia un cierto fin preconcebido que ha de ser impuesto, sino que da prioridad al respeto del ser humano y a la atención a sus carencias concretas. Ante la realidad de nuestro poco conocimiento intentará reducir los daños, tanto los ya existentes, como los que puede producir la misma torpeza política muy humana, para no hablar de la inhumana.

Hobbes echa mano de la sentencia de Plauto “Homo homini lupus”, para referirse a la maldad del hombre. No obstante los anarquistas arguyen la bondad natural que habita en el corazón humano. Ahora, el ser humano, ¿es tan malo como dice Hobbes, o tan bueno como apuntan los anarquistas?

No se ha leído con atención a Hobbes. Por cierto, él habla de la permanente inquietud, y aun insaciabilidad del ser humano, pero señala que el estado natural de guerra no deriva tanto de la maldad humana como de la inseguridad dada por la imprevisibilidad de cada uno frente al otro, de modo que ya por prudencia se ve impulsado a adquirir más poder, a buscar más medios, más honores y prestigio, para asegurarse de esta manera frente a la incógnita que representa el otro. De esta manera comienza una búsqueda de posiciones de superioridad que desemboca en una lucha de todos contra todos. Esto es inevitable, piensa Hobbes, mientras no existan regulaciones

sociales confiables, de modo que solamente el Estado por medio de un orden jurídico instituido y confiable hace posible una convivencia no violenta.

¿Cómo vio usted las medidas del presidente Maduro, encuentra que hay consistencia en ellas?

La consistencia inalterable puede ser lo peor que hay; insistir en una idea y no apartarse de ella constituye un grave peligro humano, un atentado a la vida social y a la convivencia. Temo que este gobierno esté obsesionado por el esquema amigo-enemigo, y no entienda la política de otra manera que tendiente a la destrucción del enemigo. Pero por esta vía vamos todos juntos de mal en peor. Una actitud política con reflexión y sensibilidad humana implica lo contrario, entender que es necesario entenderse y respetar al adversario, buscar lo común, y no tratar de imponer con violencia sus sentimientos y su ideología a la otra mitad del país. De otra manera estamos en una situación permanente de suscitación de odios, cuando no lo es de guerra declarada.

Como docente, cuál es la situación que vive el profesorado en nuestras universidades, ¿en qué medida se ven afectados?

Es terrible, sobre todo cuando se trata de los profesores jóvenes. Los veteranos ya tenemos nuestra categoría, tenemos vivienda las más de las veces, hemos resuelto lo más necesario. Pero los jóvenes, con lo que ganan no pueden pagarse ni una muy modesta habitación. Algunos se desaniman, otros con un espíritu más luchador siguen, pero sufren en el límite de lo soportable.

En este enfrentamiento que se ha dado en llamar “guerra económica”, le ha dado resultado al presidente Maduro las medidas en contra del sector empresarial que acapara y especula, los mueve un propósito noble o se trata de un recurso, ¿cómo percibe usted esta situación?

Tengo que hacer la salvedad de que no soy competente para juzgar la política día por día, pero todo indica que se trata efectivamente de una carta sacada de la manga, de una medida de última hora. Pero por cierto, se compagina plenamente con la ideología de que al enemigo de clase hay que hacerle daño de cualquier manera, de modo que está

en la línea del pensamiento que parece predominar en el sector gobernante, es decir, no es incoherente.

¿En su criterio, esta propuesta llamada socialismo del siglo XXI, encierra un contenido filosófico, de nobles aspiraciones o se trata de un despropósito como muchos señalan?

Cuando se trata, hablando de socialismo, de un sistema social político que quiere imponer a la sociedad un esquema único, un control de las actividades tanto políticas como intelectuales y culturales por parte del gobierno, entonces estamos hablando de totalitarismo, y éste es una de las más grandes desgracias de la humanidad. Ahora, no se excluye que se entienda el socialismo de otra manera, de tal modo que no tenga por qué prohibir o golpear la iniciativa privada sino admitir que actividades cooperativas, municipales y estatales puedan colaborar con iniciativas privadas y también competir con ellas.

Cuando se aparta o cuando se relega a los intelectuales llamados “de derecha” (por llamarlos de alguna manera) cuando no se adhieren al canon vigente, se está haciendo, discriminando, es decir, excluyendo, entonces, ¿ellos no estarían incurriendo en lo mismo que condenan? Lo digo porque hay otra parte del país que no se siente integrada, editores, intelectuales, escritores, etc.

No encuentro que la realidad refleje el cuadro que usted describe. Hoy por hoy al menos, no encuentro que haya un sector de la vida intelectual que no tenga las vías abiertas para formular sus propuestas y publicar lo que escriben. Todavía tenemos publicaciones no oficiales, y publicaciones amparadas por el gobierno. Dentro de la esfera estatal hay por cierto una uniformización propia de la identificación del estado con el gobierno, pero todavía no se ha cerrado el camino para dar a conocer un pensamiento que no concuerda con el oficial. Por otra parte no veo dentro del no oficial un pensamiento único y excluyente.